

La Nouvelle Fiction



Alcalá

LAS TRIBULACIONES HEROICAS DE BALTHASAR KOBER

En los años 1580, había en Bautzen un hombre mucho más ocupado con la muerte que con la vida. Se llamaba Johann Siegismund Kober y era médico. Doce epidemias y tres guerras habían cruzado la ciudad al galope mientras él intentaba contrarrestar sus efectos con su arte. Pero no le habían quedado casi más que moribundos entre los brazos. Luego de cerrarles los ojos, suplicaba al Dios trinitario que los acogiera en un lugar menos turbulento, pues Johann Siegismund Kober, a pesar de los desastres acumulados a su alrededor, seguía siendo un sincero creyente.

La tierna Valentina le había dado seis hijos. Tres habían sido arrebatados por la peste roja, que quizás no era otra cosa que el tifus, dos habían muerto en combate, al último, una muchacha, se la habían llevado los polacos. Valentina sucumbió a las fiebres de mayo, y les sucedió Gertrud, fuerte como un toro. Los hijos le salían de a dos. Como esta generación era más robusta que la primera, Johann Siegismund Kober pensó que su casa prosperaría. De los ocho vástagos que tuvieron, cuatro murieron a corta edad, tres no alcanzaron los nueve años. A esta hecatombe sobrevivió Balthasar.

Era un muchacho enclenque y tartamudo, que sin duda había resistido a tantos horrores merced a su propia insignificancia. El mal lo había pasado por alto. Pero Balthasar no dejaba por eso de ser un Kober, y la ruda Gertrud aprendió a quererlo. En cuanto al padre, el desdichado temía sobre el superviviente. Así pues, se comparaba con Abraham ofreciendo su hijo al Eterno, o con Job tendido en el muladar, pues aun siendo médico, vivía con la miseria. Los habitantes de Bautzen casi no tenían con qué pagarle.

La casa en la que creció el niño se alzaba a la salida del burgo, en la carretera de Dresde. La planta baja estaba reservada a la consulta y a la cuadra, donde el caballo y el burro se disputaban los puñados de avena que algunos campesinos de buena voluntad les traían de vez en cuando. En la primera planta estaba la sala común, que era también la cocina y el dormitorio de los niños, y la habitación destinada a los padres, en cuyo centro estaba la cama donde se había prodigado tanta virilidad con resultados tan oscuros. ¡Pero no lo quiera Dios! Por muy muertos que estuvieran, los niños seguían estando allí. Comían en la mesa, rezaban alrededor del atril y hacían resonar

los zuecos en camino a la parroquia.

«Son nuestros ángeles personales —decía Johann Siegismund— Prestemos atención y les oiremos respirar.» Gertrud se encogía de hombros, pero no se atrevía a contradecirlo porque él era el médico, y, fatalmente, conocía bien esas cosas, mientras que ella no era sino una campesina, analfabeta por añadidura. Y Balthasar, que había visto desaparecer en desordenado tropel a hermanos y hermanas, y que ya sabía que otros hermanos y hermanas le habían precedido, prestaba mucha atención, pero no oía nada, y se sentía avergonzado.

De hecho, Johann Siegismund Kober era de esos luteranos de Silesia en quienes el doctor Teofrastus Bombastus von Hohenheim, apodado Paracelso, había dejado profundas huellas. Los tiempos revueltos ponen sobre el tapete las cuestiones más esenciales. Copérnico había impuesto una visión nueva de la ciencia, que un Paracelso había intentado aplicar en el campo de la medicina y la farmacopea. Mientras estudiaba en Leipzig, Johann Siegismund había acogido con entusiasmo esas ideas novedosas, que abrían una brecha en la vieja fortaleza escolástica. Pero al igual que el maestro, no había dejado de confiar en lo invisible. «En el cielo superior hay ruedas que hacen girar los astros en el cielo visible», explicaba a su hijo. Balthasar lo escuchaba con devoción.

Más adelante, el muchacho escribió: «Debo a mi padre el haber desarrollado en mí este sexto sentido que me guió durante toda mi vida y me permitió comunicarme con la única realidad verdadera. Este hombre tenía el poder de descubrir la dimensión justa de las ilusiones cotidianas, y de hacer surgir del caos ordinario el orden primigenio. Mi madre, encorsetada en una armadura de hierro, no llegaba a comprender lo que él me enseñaba, pero al menos tuvo el tacto de no interponerse. Cuando le parecía que su marido exageraba un tanto, removía con brusquedad los carbones, sin embargo, se las arreglaba para que el ruido no ahogase las palabras de mi padre.»

Por entonces no había escuela en Bautzen. El pastor, un tal Jakob Furstenau, oriundo de Górlitz, reunía en la iglesia a una veintena de niños de distintas edades y les inculcaba, además de la religión, lo que más tarde les permitiría leer los letreros, calcular el precio de una ternera, y saber que Nuremberg está

Frédéric TRISTAN

Frédéric Tristan (1931, Sedan) puede ser considerado como el primogénito del grupo Nueva Ficción ya que su primera novela *Le Dieu des mouches* [El dios de las moscas] publicada en Grasset en 1959, utiliza ya la mayoría de los elementos que caracterizan este movimiento. Su obra está marcada por el imaginario de todos los lugares y todas las épocas, encuentra sin duda su mayor expresión y su coherencia en la novela *Stéphanie Phanisiée*, Fayard, 1997, o en unos cuentos reunidos en *L'Homme sans nom* [El hombre sin nombre], 10-18, 1988, o *Le Théâtre de Mme Berthe* [El teatro de Mme Berthe], Balland, 1986, pero también en ensayos como *Fiction ma liberté* [Ficción mi libertad], Le Rocher, 1997. Varias de sus novelas han sido adaptadas al cine. —Balthasar Kober—, al teatro —*Le Dieu des mouches*, *Le Roi singe* [El rey mono]— o a la ópera —*Les Tentations de saint Antoine* [Las tentaciones de san Antonio]—. Otros títulos *Les Egarés* [Los extraviados], Seuil, 1983, *Le Singe égal du ciel* [El mono igual al cielo], Fayard, 1994.

en alguna parte al sur del Báltico. Ahora bien, pronto se hizo evidente que Balthasar, tímido y con problemas de elocución, lo comprendía todo con medias palabras y hacía progresos que dejaban atrás a sus condiscípulos. En particular tenía una memoria digna de mención. Por ejemplo, solía citar párrafos del Génesis, que, parecía, sólo había leído dos veces. Furstenau instó a Johann Siegismund a que confiase el niño a manos más expertas.

No obstante, Johann Siegismund vacilaba en separarse de su hijo, era el único que le quedaba. No había noche en que no soñara que el corcel verdoso se llevaba a Balthasar. Temía, además, que el carácter enfermizo del niño le hiciera sufrir en la vida. Por tanto, durante algunos años, hasta 1595, Balthasar permaneció en Bautzen, leyendo cuanto encontraba, o sea la Biblia, los libros de medicina, de química y de astronomía de la pequeña biblioteca paterna, así como los escritos fundamentales de Lutero y de Melanchthon diseminados en las estanterías de la casa parroquial.

¿Qué podía sacar en limpio de esos textos un muchacho de quince años? «Todos aquellos escritos eran para mí una música por la que los profetas y los ángeles giraban entre los astros y los abracadabras químicos. Poco después empecé a leer libros sagrados, más por la sustancia espiritual que por las anécdotas. Claro que entonces ignoraba qué era el Espíritu. Me nutrí de él con la naturalidad del que va por la vida. Por lo demás, quién conoce la composición del aire, y nadie necesita saberlos para respirar. Yo sentía las cosas espirituales con más fuerza que las materiales, y sin embargo no notaba ninguna diferencia entre ambas. Así, desde mi primera juventud supe de una manera natural lo que es la corporeidad del espíritu. Para mí, lo invisible fue siempre algo tan tangible como lo visible, y a menudo todavía más.»

Una mañana de 1593 en que regresaba de un paseo por los alrededores de Landeskrona junto con unos compañeros, y habiéndose distanciado involuntariamente de ellos, Balthasar entró en una cueva cuya boca de entrada nunca había advertido antes. En el interior de la cueva había un cofre frente al que se detuvo dudando entre levantar la tapa y mirar lo que contenía, o marcharse inmediatamente. Tuvo la impresión de permanecer horas enteras en esa actitud, como petrificado. Por último, transpirando de angustia, apartó la visión y salió corriendo al encuentro de sus compañeros, de quienes, en realidad, se había separado

apenas unos minutos.

Durante un buen rato se preguntó si había hecho bien en no levantar la tapa del cofre. El padre, a quien había terminado por contar esa aventura, se mostró muy complacido de que no hubiese sucumbido a la curiosidad y le dijo que el secreto del cofre estaba, en verdad, en su propio corazón. Esto tranquilizó a Balthasar. ¿Acaso el pastor no le había enseñado que el cesto en el que Moisés fue abandonado en el Nilo sólo podía abrirse desde dentro?

Gertrud conocía algunas leyendas, bastante rústicas y de origen desconocido, y solía contarlas con voz monocorde, cuando en las reuniones de los días festivos le tocaba mostrar su modesto talento. Esto fue lo que sucedió en ocasión de unas bodas, o en Carnaval, mientras algunos lugareños bailaban al son de flautas y violoncillos y otros amontonaban pedazos de cerdo sobre interminables tarimas. A nadie le asombraba la locura de tales comilonas, y hasta parecía que la gente se empeñaba en aumentarla, quizás para compensar las trivialidades de tantas semanas y meses de pálida seriedad, en los que reinaban el orden, solemne y cansado.

Nadie prestaba atención a las leyendas que Gertrud recitaba con voz ronca, salvo Balthasar, quien acechaba ese momento que él imaginaba parecido a aquel en que la pitonisa pronunciaba el oráculo posada en el trípode. El muchacho se deslizaba bajo la mesa, y apretando con dos dedos los bajos de la túnica de su madre, escuchaba la historia del caballero que combatía contra el dragón, de la bella a la que un príncipe despertaba en el bosque, del gato que hablaba todos los idiomas, y también del hada Versunft, que se equivocaba en los pases mágicos. El rostro anguloso de Gertrud, coronado por el oro de la caballería, era entonces el de la Poderosísima y Muy Magnánima Dama Brambilla, guardiana del tesoro.

Así, cuando en febrero de 1595 una cruel gripe se abatió sobre la región y la pobre Gertrud fue depositada en el mismo carretón que una treintena de parisanos, lo que perdió Balthasar fue más el reino de las leyendas que una madre resistente al trabajo, una esposa de hierro que el desgraciado Johann Siegismund hizo enterrar junto a Valentina y sus doce hijos en el cementerio de Bautzen, tierra ya más poblada de jóvenes difuntos que la propia villa. «Dios sabrá por qué hemos sobrevivido nosotros dos», repetía el pobre hombre, que al no poder creer en su propia ciencia, se ponía cada vez más en manos del Juez Soberano.

Pero un domingo de marzo, a la salida de misa, el pastor Jakob Furstenau se acercó a Johann Siegismund y le dijo

—Querido hermano Kober, ha llegado el momento de tomar una decisión sobre Balthasar. No conviene que lo retengas, pues aquí se le marchita la inteligencia y la sed de conocimiento se le apaga

—¿Qué he de hacer? —preguntó Kober— No tengo dinero y la Universidad es cara

—He hablado de tu hijo a Dietrich Frankenberg, el rector de Dresde. Me tiene simpatía y anda en busca de jóvenes almas que quieran conocer la luz divina. O sea que recibiría con agrado a Balthasar, como también a ti, querido hermano, para que juntos estudiéis el futuro del muchacho. Por supuesto, yo mismo los presentaré al rector. ¿Te parece el viernes próxi-

mo?

¡Dietrich Frankenberg! Para Johann Siegismund la proposición del pastor tenía algo de milagroso. Se hincó de rodillas allí mismo, ante la escalinata del templo, y agradeció al cielo su infinita bondad. Jakob le ayudó a incorporarse. Johann Siegismund miró al pastor con expresión preocupada.

—¿Pero qué pensará Su Excelencia cuando oiga a Balthasar?

—Ya le he prevenido a propósito de ese pequeño defecto —aclaró el pastor— Más vale una cabeza muda y bien hecha que un papanatas de mucha labia e ideas cortas.

Resolvieron partir el jueves siguiente en dos caballos, pues el muchacho iría en la grupa, ya delante de Jakob ya delante del padre.

